

SERMON QUINTO.

De la enseñanza y salvación del género humano antes del establecimiento definitivo de la Iglesia.

Hasta ahora, si no me engaño, os ha ocupado á todos un pensamiento. Mientras que exponíamos la necesidad de una Iglesia docente, su constitucion, su autoridad racional, moral é infalible, y el establecimiento milagroso de su unidad, os decíais sin duda: Sí, debe haber en el mundo una Iglesia que enseñe; sí, la constitucion de la Iglesia católica docente es admirable; sí, su autoridad racional y moral supera á todas las demás autoridades, y ha dado pruebas de su infalibilidad; sí, el establecimiento de su unidad en el mundo á través de tantas dificultades y mudanzas, lleva en sí un carácter de divinidad. No obstante, os preguntabais acaso al mismo tiempo: ¿Cómo es que esa Iglesia docente, tan necesaria al género humano, se ha establecido tan tarde? ¿Es que no tenia el hombre necesidad de ser enseñado antes de Jesucristo? ¿O por ventura desdeñaba Dios la salvacion de los hombres antes de la venida de su Hijo, y no queria rescatarlos sino en un dia y á una hora fija? Pero os acordabais sin duda de estas magnificas palabras de S. Pablo: *Te encargo ante todas cosas, que se eleven á Dios peticiones, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres... porque esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad; porque Dios es uno, y uno el medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se dió á sí mismo para la redencion de todos* (1). Siendo esto así, ¿cómo ha empezado tan tarde el establecimiento de la Iglesia destinada á la enseñanza y á la salvacion de los hombres? Verdad es, Señores, que la Iglesia bajo su forma actual no data mas que desde Jesucristo; pero tomada en su esencia y en su realidad total, se remonta hasta la creacion, segun esta enérgica frase de S. Epifanio: « El principio

(1) S. Pablo, 1ª epíst. á Timoteo, cap. 2, vers. 1 y sig.

de todas las cosas es la santa Iglesia católica (1). » Con efecto, la Iglesia no es mas que la asociacion de los entendimientos con Dios por la fe, la esperanza y la caridad, y esta asociacion se halla formada, en cuanto al hombre, desde el momento en que el hombre salió de las manos de Dios. Desde el origen tuvo sus sacerdotes, sus sacrificios, sus leyes, su enseñanza: el objeto de este discurso es demostraros cuál era esta enseñanza, y cómo ha bastado para la salvacion de la humanidad, aun con todas las degradaciones á que estuvo sujeta en el curso de los tiempos.

En este mundo el término extremo de la luz es el cristianismo, es decir, el conocimiento de Dios criador, legislador y salvador; y el término extremo del bien es tambien el cristianismo, es decir, la imitacion de Dios manifestado en su naturaleza por la creacion y la redencion. Y por otra parte el término extremo de las tinieblas en este mundo, es el ateismo, es decir, la ignorancia ó la negacion absoluta de Dios; y el término extremo del mal es tambien el ateismo, es decir, la destruccion de toda base que sirva para establecer la distincion del bien y del mal.

Síguese de aquí que la providencia de Dios propende á conducir á todos los hombres al cristianismo, es decir, á la mayor luz y al bien mas inmenso; y que por el contrario, el demonio propende á llevar á todos los hombres al ateismo, es decir, al mayor mal y á las mas densas tinieblas. Ahora bien, el uno y el otro, Dios y el demonio, el amigo y el enemigo del género humano, para conducir á los hombres á sus fines no tenian otro medio mas natural que el de enseñarlos, puesto que por su naturaleza el hombre es un sér enseñado. Y necesario era que esta enseñanza datase desde el mismo origen del mundo, puesto que desde el origen ha querido Dios salvar á los hombres por la luz y por el bien, y el demonio ha querido perderlos por el mal y por las tinieblas. Conviene, Señores, examinar esta doble enseñanza empezando por la de la luz.

Dos vias eligió Dios para enseñar al hombre, la tradicion y la conciencia. Por la tradicion se manifestaba Dios á los hombres exteriormente con el auxilio de una palabra y de hechos sensibles, cuya memoria pudiera perpetuarse fácilmente; por la conciencia se manifestaba á los hombres interiormente, grabando en ellos de una manera indeleble la distincion del bien y del mal, que arguye la existencia de un sér superior, fundamento de esta distincion. La

(1) Contra las herejías, lib. 1, cap. 5.

tradicion por sí sola no pondria á los hombres en relacion con la verdad sino de una manera, por decirlo así, mecánica, sin que nada les indicase en lo interior la necesidad y el gusto de la verdad; la conciencia por sí sola los pondria en relacion con la verdad, por la necesidad y el gusto, pero sin que nada moderase el sentimiento, sujeto por su naturaleza á la ilusion, al exceso y á la mudanza. Si, por el contrario, se correspondieran recíprocamente los hechos interiores y exteriores, si la voz de Dios en la tradicion y la voz de Dios en la conciencia sonasen siempre conformes; si, á semejanza de esas dos torres que habeis visto antes de entrar en Nuestra Señora, se encontrasen á vuestra derecha y á vuestra izquierda, á lo largo de toda vuestra vista, estrechándoos y hablándoos de continuo, entonces no deberian quedaros recursos para libraros de ellas, á no ser de esos recursos que abrumen delante de Dios y delante de sí mismo á los que osan emplearlos.

Dios enseñó, pues, á los hombres por la tradicion y la conciencia; formó su alma á su semejanza por una infusion de luz y de bondad, don corruptible, si bien incapaz de ser totalmente extinguido, don imperfecto, si bien unido á la tradicion, es decir, á la palabra divina enseñada de siglo en siglo á la posteridad del hombre, bastaba para encamilarle á su fin glorioso. Nuestro primer padre supo por Dios mismo cuál era este fin, de dónde provenia, y adónde debia encaminarse: oyendo hablar á Dios, penetró con una mirada todos los secretos y todos los resortes de su destino; y vivificada y afirmada su luz interior, por esta luz exterior, descansó en la paz combinada de la evidencia y de la fe. Habia brotado de Dios el rio de la tradicion en la conciencia de la humanidad: no se trataba mas que de sostenerlo y renovarlo en su curso, segun las necesidades creadas por la inconstancia y el olvido de las generaciones. En el espacio de 40 siglos abrió Dios cinco veces sus fuentes, y ensanchó sus márgenes en Adán, en Noé, en Abrahan, en Moisés y en Jesucristo, y cinco veces lo hizo con circunstancias solemnes que llenaron de asombro el universo. En Adán fué ilustrada por la creacion la palabra divina; en Noé por el diluvio; en Abrahan por la fundacion del pueblo judío; en Moisés por las leyes y los rayos del Sinaí; en Jesucristo por las maravillas de su nacimiento, de su vida y de su muerte. Y en cada una de estas épocas de la palabra, de estos terremotos de la tradicion, fué imposible al género humano dejar de escucharla y oirla. ¿Cómo pudo estar cerrado su oido en presencia de la creacion que acababa de despertarse en torno suyo, y que le

traia el nombre de Dios con el murmullo de todas sus brisas? ¿Cómo pudo estarlo despues que el diluvio, derramado sobre los crímenes del mundo, le hubo dado leccion tan tremenda de la justicia divina? ¿Cómo pudo estarlo al sonar los nombres de Abrahan y de Moisés, que por el Egipto, por el mar Rojo, por el Eufrates, por la dispersion de las diez tribus de Israel y el cautiverio de Judá en Babilonia, se veian lanzados de continuo al centro del movimiento político del universo? ¿Cómo pudo estarlo, sobre todo cuando Jesucristo dispersó á sus apóstoles para llevar la fausta nueva á las islas, á los mares, á las montañas, á los desiertos, á todas las naciones? Y todavía no descubrimos aquí sino las grandes corrientes de la palabra divina; las innumerables ramificaciones que de ella se desprendian para abrirse paso hasta las extremidades mas remotas de la humanidad, se nos ocultan necesariamente, aun cuando percibamos aquí y allí vestigios ciertos de su tránsito. Setecientos años antes de Jesucristo, por ejemplo, el profeta Jonás conmovia á Nínive anunciando la ira de Dios, y envolvía bajo la ceniza á aquella antigua capital, que hubiéramos creído abismada en la mas remota ignorancia de lo relativo á la salvacion.

Con razon, pues, escribia S. Pablo á los Hebreos: *Habiendo hablado Dios muchas veces y de muchas maneras á nuestros padres por sus profetas, nos ha hablado últimamente por supropio Hijo* (1). Y notad, Señores, que el progreso de la tradicion no consistia solo en su renovamiento y expansion, sino tambien en su forma. Hasta Moisés la tradicion es oral; en Moisés es escrita, y llega á ser social en Jesucristo. A medida que el género humano opone resistencia á la enseñanza de la verdad, la establece Dios sobre un metal mas poderoso, le comunica un elemento mas inmortal y activo. ¿De qué hay, pues, que quejarse? ¿Se necesitaba por ventura que la luz atentase á la libertad moral del hombre para quedar justificada? Cumplan su deber la tradicion y la conciencia; al hombre le tocaba cumplir el suyo. Cumplan su deber, Señores, como hoy lo cumplen delante de vosotros. Porque, decidme, ¿cuál es nuestra fuerza al hablaros? ¿qué es lo que os ordena escucharnos cuando os anunciamos cosas tan extraordinarias para los que han sido educados fuera de su conocimiento y de su práctica? ¡Ah! es que tocamos en vosotros la fibra donde se halla eternamente viva y encade-

(1) Epístola á los Hebreos, cap. 1, vers. 1.

nada la verdad de nuestras palabras; es que la conciencia os habla de Dios con nosotros; es que la tradicion de que somos órgano, tiene en el fondo de vuestra alma una hermana, un testigo, un cómplice. Dios os persigue con la espada de dos filos de la conciencia y de la tradicion, que el Apocalipsis nos muestra saliendo de la sagrada boca de Jesucristo.

¿Y qué podía hacer, Señores, por su parte el demonio para destruir la luz y el bien en el mundo? Solo podía enseñar, oponer enseñanza á enseñanza, corromper la tradicion y la conciencia. Digo corromper la tradicion y la conciencia, porque no le fué permitido crear una tradicion y una conciencia. ¿Y cómo había de crearla? La tradicion es una palabra primitiva, una palabra que es un elemento de la mente, una palabra que funda, que tiene una posteridad sin abuelos; y ninguna criatura puede pronunciar palabras de esa especie, y menos una criatura perdida. Los séres finitos componen y descomponen la palabra, como hacen con todo; no la crean. Hallábase, pues, el espíritu del mal en la impotencia de establecer una tradicion atea: su único recurso consistía en arrastrarse detrás de la verdad para deshonrarla, á imitacion de esos animales débiles y rastreros que siguen á su presa de noche, y se arrojan sobre ella traidoramente. Todavía le era mas imposible crear una conciencia, es decir, encender en el hombre una luz primordial de error, y engendrar un gusto original de ateismo; porque si el error y la impiedad llegasen á subsistir por sí, el mal seria igual al bien, y la nada seria igual al sér. En suma, el demonio tenia la fuerza de corromper, y no la de edificar; solo edifica Dios, y el cristiano por Dios. Por eso de un hombre piadoso decimos que es un hombre de edificacion, y no se puede decir nada mas de una criatura; porque edificar viene inmediatamente despues de crear. Entre vosotros y nosotros, Señores, la cuestion se reduce á saber quién edifica, quién edifica en el alma, quién edifica en el cuerpo, quién edifica en la sociedad, quién edifica para la eternidad. ¿Osais pensar vosotros que sois hombres de edificacion? ¡Ah! lo que yo veo es que destruí, luego que habeis destruido, espantados de vosotros mismos, os veo tender una mano suplicante hácia la religion y decirle: Por compasion, tended parte de vuestra capa sobre nosotros, porque el tiempo está oscuro, y hace frio.

Consideremos pues, Señores, el espíritu de las tinieblas en lucha con la tradicion y la conciencia, el espíritu de las ruinas con el de

edificacion. Este es siempre nuestro asunto, porque yo os haré ver la superioridad de la enseñanza divina hasta en los triunfos de la enseñanza perversa.

Así como Dios había abierto cinco fuentes principales de tradicion, el enemigo de los hombres las degradó por cinco principales conductos, á saber: el politeismo y el dualismo antes de Jesucristo; el judaismo, el mahometismo y la herejía despues de Jesucristo. El politeismo era una corrupcion de la idea de Dios por la multiplicacion de su sér, y el envilecimiento de su naturaleza; el dualismo una corrupcion de la idea del bien y del mal, atribuyéndoles á ambos dos principios coeternos; el judaismo una corrupcion de las relaciones históricas de Dios con el hombre, tergiversando su verdadero sentido; el mahometismo una corrupcion del cristianismo por medio de una ingeniosa y horrible mezcla del dogma de la unidad de Dios con las costumbres paganas; la herejía una corrupcion sucesiva de todos los dogmas católicos, por la interpretacion de la razon privada, sustituida á la infalible autoridad de la Iglesia. A cada movimiento que Dios hacia para iluminar y santificar al mundo, hacia otro el espíritu de las tinieblas paralelamente al suyo, tanto mas hábil cuanto el de Dios era mas profundo. Pero todos sus esfuerzos no lograron constituir el ateismo, que era su principal objeto, ni trastornar la nocion del bien y del mal. A pesar de ser el politeismo la mas grosera de las degradaciones de la verdad, conservaba todavía entre los hombres la idea de la divinidad y hasta de un Dios supremo, la práctica de un culto, los sacrificios, la oracion, las expiaciones, el temor de las penas de la otra vida, la esperanza de una recompensa para los corazones religiosos. El dualismo mantenía esplendorosamente la distincion del bien y del mal en el mero hecho de exagerarla. Permaneciendo el judaismo lejos de la Iglesia, de la que conservaba los títulos originales, daba á su testimonio el lustre de una imparcialidad irrecusable. El mahometismo propagaba hasta las mas inaccesibles playas del Africa y del Asia el conocimiento de la unidad de Dios, el nombre de los patriarcas, y hasta el nombre de Jesucristo; y la herejía, en los puntos del dogma que no atacaba, les prestaba la fuerza de su tradicion y de su enemistad.

De este modo, Señores, la enseñanza del error todavía redundaba en provecho de la enseñanza de la verdad: Dios, la religion, el deber se ostentaban visibles en el horizonte de todos los pueblos, aun los mas depravados, como aun asoma la luz del dia bajo los amonto-

nados vapores que presagian las tempestades. Donde quiera ha representado el error mas ó menos el papel que hoy representan las sociedades bíblicas, las cuales aspirando á esparcir la herejía, esparcen al propio tiempo las semillas de la verdad.

Faltaba corromper la conciencia del género humano : suscitó el demonio contra su elocuencia la elocuencia terrible de los sentidos : dos voces se levantaron del corazon del hombre ; la una le inducia al respeto de sí mismo, á la santidad y á la pureza, y la otra le invitaba á descender hasta la ferocidad del bruto. Esta voz fué demasiado escuchada ; pero Dios contra el triunfo del mal tenia de reserva un secreto que debia centuplicar el imperio de la conciencia profanada : nació allí el remordimiento engendrado por la experiencia de la degradacion. El hombre caido sintió bullir en sus entrañas el gusano de la acusacion : vino en conocimiento de su dignidad por lo enorme de su infamia : se apoderaron de él como implacables verdugos el tedio, la desesperacion, el desprecio de sí mismo, y le revelaron que un Dios presente siempre en su alma venegaba contra ella á la inmortal majestad ; y así como el remordimiento habia nacido de la caída, la rehabilitacion nació del remordimiento.

¡ Oh ! sí, pobre alma herida por el mal, tú no puedes ahogar dentro de tí la conciencia, y cuanto mas te rebajen los sentidos, mejor pueden sobrevenir en tí resurrecciones súbitas, de esas resurrecciones de Lázaro que arrancan el alma del sepulcro, y prueban que hasta la degradacion misma encierra una raíz de vida y de inmortalidad.

Se necesitaba, pues, un arma mas poderosa contra la conciencia, y se encontró en el raciocinio. Es el raciocinio una facultad del hombre, un admirable instrumento dado á los séres finitos, que no pudiendo, á semejanza de Dios, abarcar la verdad de una sola mirada, tienen necesidad de descubrirla y explorarla como se descubre y explora una mina, en la que cada filon indica el rastro de otro. Pero la falta de raciocinio consiste en que á cierta profundidad pierde parte de su lucidez, y en que el encadenamiento de la deducion no puede ser seguido en esas regiones avanzadas mas que por talentos muy ejercitados. Ahora bien, ya hemos visto que el número de esos talentos sutiles y seguros es limitadísimo : la masa de los hombres tiene mala lógica, y se siente seducida fácilmente por la semejanza del sofisma con la realidad severa del raciocinio. Todo el mundo percibe la tradicion, que no es mas que un hecho ; todo el mundo oye á la

conciencia, que no es mas que un grito ; pero el raciocinio se entretiene con mil sutilezas en el laberinto del entendimiento, y se ha necesitado toda la sagacidad de Aristóteles, uno de los mas penetrantes pensadores que han existido, para conocer sus entradas y salidas. Este era, pues, el verdadero cetro del error, y lo que no habia alcanzado sobre el género humano la corrupcion de la tradicion y de la conciencia, estaba destinado á obtenerlo el raciocinio. Con efecto, mientras que la tradicion degradada habia dejado vestigios de la verdad por todas partes, mientras que la conciencia subyugada por el deleite habia lanzado gemidos siempre y donde quiera, solo el raciocinio tuvo la gloria de arrasar hasta en sus cimientos el templo sagrado de la verdad y del bien. Ha sido padre del ateísmo, autor de la blasfemia, ha hecho el mezquino don de la nada á algunas almas, y estas se han regocijado de ello. No obstante Dios, que debe ser en todo el soberano, habia preparado tambien un remedio contra este terrible enemigo, y este remedio era la anarquía producida por el raciocinio en su propio imperio. Se vió á todos esos ilustres pensadores, á esos raros ingenios dotados de los mas preciosos dones del entendimiento, impotentes para fundar una escuela estable, y sucederse como las olas que se estrellan en la playa y se sepultan una á otra por el efecto mismo de su movimiento. La humanidad fué advertida de que allí no habia para ella ni ciencia, ni seguridad, ni paz ; ni una cabaña donde dormir de noche, ni siquiera un sueño en que entretenerse. El racionalismo, recreo mortal de algunos talentos distinguidos, origen de las mas hondas ruinas, pasó siempre á distancia de la humanidad, dejándole la tradicion y la conciencia ; la tradicion en sus santuarios, la conciencia en sus entrañas.

De todo esto se deduce, Señores, que Dios ha provisto constantemente á la enseñanza del mundo, así antes como despues de Jesucristo ; no siempre en un mismo grado, es verdad, si bien de continuo de una manera bastante para que la salvacion fuese posible á los hombres de buena voluntad. Acabará de demostrároslo, exponiéndoos brevemente las condiciones necesarias para la salvacion.

Tres son estas condiciones : es preciso practicar la verdad hasta el grado en que se la conoce ; es preciso abrazar y practicar la verdad superior á aquella en que se ha nacido, desde el momento en que es posible conocerla ; es preciso morir amando á Dios sobre todas las cosas.

Ante todo conviene practicar la verdad hasta el grado en que se la conoce ; porque el que no practica la verdad que conoce, aborrece ó menosprecia á Dios, que es la verdad misma : es juzgado por su pro-

pia conciencia. Por el contrario el que se adhiere con el espíritu, el corazón y la acción á toda la verdad que conoce, aparece sano y salvo delante de Dios, segun la doctrina expresa de S. Pablo: *Gloria, honra y paz á todo el que obra bien, al Judío primeramente, y despues al Griego, porque no hay acepcion de personas para con Dios..... Y no son justos delante de Dios los que han conocido la ley escrita, mas los que la han cumplido serán justificados. Porque cuando los gentiles, que no tienen ley escrita, naturalmente hacen las cosas de la ley, estos tales que no tienen ley, ellos son ley á sí mismos, demuestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio de ello su misma conciencia, y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusarán y otras los defenderán en el dia en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres, segun mi Evangelio por Jesucristo (1).*

En segundo lugar conviene abrazar y practicar la verdad superior á aquella en que se ha nacido, desde el momento en que es posible conocerla. Aquel que rechaza la verdad superior que puede conocer, es culpable como aquel que no practica la verdad inferior en que ha nacido. Odia en el fondo la verdad, porque la verdad mejor conocida demanda mayores sacrificios. Es difícil pasar de la verdad inferior á la superior, diréis acaso; ¿y de dónde proviene esa dificultad sino de nosotros mismos, porque no practicamos la verdad hasta el grado en que nos es conocida? ¿Pretendeis que Dios os ilumine mas, y ni aun cumplís los deberes que os impone una luz menos intensa! ¿Pedís una montaña, y no podeis llevar con vosotros un grano de arena! Oid al oráculo divino: *El que obra la verdad viene á la luz (2)*, es decir, el que se conforma con la luz que conoce, llega á ver la luz que no conoce todavía. Y además, *este es el juicio: Que la luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas; porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no viene á la luz para que sus obras no sean reprendidas (3)*. Quienes quiera que esteis en este recinto, hayais venido al mundo entre politeistas, judíos, mahometanos, protestantes ó católicos, la luz de Dios ha brillado mas ó menos sobre vosotros: ¿seguís esta luz? ¿haceis lo que la tradicion y la conciencia os demandan? Si no lo haceis, ¿á qué os ha de iluminar mas Dios? No haría con eso sino acrecentar vuestro crimen.

Morir amando á Dios sobre todas las cosas, es la tercera condi-

(1) Epistola á los Romanos, cap. 2, vers. 10 y sig. — (2) S. Juan, cap. 3, vers. 21. — (3) S. Juan, cap. 3, vers. 19 y 20.

cion para salvarse, porque tal es el fin del cristianismo. *El fin de la ley es la caridad en un corazón puro (1)*. Todo el que ama á Dios, ha nacido de Dios (2). Para amar á Dios es preciso conocerle; para hacernosle amar ha enviado á su propio Hijo: aquel que le ama se salva. Ahora bien, una de dos: ó el hombre que muere ha avanzado bastante hácia la luz, es decir, al cristianismo, para haber tenido durante su vida todos los medios de amar á Dios como debe ser amado; ó bien despues de haber conocido y practicado la verdad en cuanto pudo, no llegó á acercarse á la luz lo preciso para poseer los medios de amar á Dios suficientemente. En el primer caso, el hombre se salva por las vías ordinarias de la Providencia; en el segundo puede recibir á la hora de la muerte lo que le ha faltado, no por su culpa, y se salva por las vías extraordinarias de la Providencia, por esa infusion del amor y de la gracia que llama la Iglesia el *bautismo de fuego*. Pero notadlo bien, Señores, ninguno se salva por las vías extraordinarias, sino en cuanto las vías ordinarias le hayan faltado, y ved aquí por qué todo hombre está obligado á abrazar la verdad superior á aquella que conoció al principio, porque esta verdad superior es la que debe conducirle naturalmente al amor que salva.

En resumen, Señores; hay dos ciudades en el mundo, la ciudad de la luz y la ciudad de las tinieblas: la ciudad de la luz es enseñada por Dios, con el auxilio de la tradicion y de la conciencia, á fin de guiar á los hombres al conocimiento de Dios y á su imitacion; la ciudad de las tinieblas es enseñada por el demonio valiéndose de la degradacion de la tradicion y de la conciencia, y del racionio, á fin de conducir á los hombres al ateismo, es decir, al desconocimiento de Dios y á la negacion del bien y del mal. Pero ni por la degradacion de la tradicion y de la conciencia, ni por el racionio, puede prevalecer contra la ciudad de la luz la ciudad de las tinieblas, y borrar del mundo la distincion del bien y del mal, y la nocion de la divinidad. Todo hombre nace, pues, en la luz y en el bien hasta cierto grado: si quiere salvarse, debe practicar el bien en el grado en que lo conoce, ascender al grado superior y á la verdad total luego que le sea posible, y de este modo llegará al amor que salva, ya por las vías ordinarias de la Providencia en el caso que haya conocido y practicado toda la verdad, ya por las vías ex-

(1) S. Pablo, 1.ª epíst. á Timoteo, cap. 1, vers. 5. — (2) S. Juan, 1.ª epíst., cap. 4, vers. 7.

traordinarias de la Providencia en el caso en que, á pesar suyo, no le haya sido dado conocer y practicar toda la verdad. Siendo esto así, Señores, vuestra suerte se halla en vuestras manos; no es Dios el que falta al hombre, el hombre es el que falta á Dios.

SERMON SEXTO.

Relaciones de la Iglesia con el órden temporal.

Cuando la Iglesia católica fué á establecerse en el Imperio romano, no encontró en él mas que una sola autoridad, la autoridad civil. Herederos de la república los emperadores, habian añadido á sus títulos de Césares y de Augustos el de Soberanos Pontífices; y la Iglesia, al establecerse, no tuvo menor pretension que la de quitarles este último título, y de levantar al lado del poder civil un poder puramente espiritual. Lo hizo, y desde entonces estos dos poderes han caminado uno al lado del otro, ya apoyándose, ya combatiéndose, ya mirándose con indiferencia.

Pero ¿ con que derecho llegó la Iglesia á participar de este modo del poder de los Césares, á dividir en dos el trono de los emperadores, y á fijar en frente de la sede imperial la sede apostólica? ¿ Por qué, hallándose asentado en aquella basílica un trono de la tierra, no había de poder desalojar de allí el trono episcopal? Hé aquí una cuestion digna de la meditacion de los espíritus reflexivos, y con especialidad despues del largo combate que se han dado los dos poderes, despues de tantas preocupaciones acumuladas contra la Iglesia, preocupaciones tan fuertes, que á darles credito, parece que todo lo que la Iglesia posee se reduce á una concesion, no de la eternidad, sino del tiempo. Pero antes de examinar con qué derecho se estableció el poder de la Iglesia, es necesario conocer la índole y la extension de este poder, sin lo cual fuera imposible apreciar sus derechos.

La naturaleza de un poder se determina por su objeto, y el objeto del poder de la Iglesia está señalado claramente en estas célebres palabras: *Id, enseñad á todas las naciones; bautizadlas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar los mandamientos que os he dado* (1). Enseñad la verdad, derramad la gracia, haced practicar la virtud: la verdad, cosa in-

(1) S. Mateo, cap. 28, vers. 19 y 20.